

LA NOCIÓN DE SUJETO EN FOUCAULT

Juan Carlos Seoane
Universidad Nacional de Quilmes (Argentina)

Una de las marcas distintivas de las reflexiones foucaultianas está dirigida a la constitución de sujetos en una abierta crítica a las concepciones esencialistas de las identidades, pensadas éstas no sólo como agentes individuales, sino también a modo de actores colectivos. Esto se desarrolla en una producción que se inicia a mediados de la década de 1950 (*Maladie mentale et personnalité* es de 1954), pero que recién toma fuerza en los años 60 y 70 en un marco en que la teoría social en general produjo una revisión de las concepciones del sujeto gestadas en las diversas tradiciones del pensamiento moderno y contemporáneo, participando, así, de las discusiones sobre el alcance de la llamada muerte del sujeto. El abanico de cuestiones teóricas suscitado a través de este debate ha convocado dimensiones, conceptos y problemas correspondientes a marcos conceptuales y tradiciones de pensamiento tan diversos que, comúnmente, resulta dificultoso distinguir las diferentes nociones de sujeto que están en juego. Sobre este escenario teórico desfilan el sujeto del *cogito* pensado por Descartes, el sujeto colectivo formalizado en los textos de Marx, el sujeto del deseo descubierto a través de Freud, el sujeto racional del individualismo metodológico, etcétera. Nos encontramos, entonces, con el saber de la filosofía, el psicoanálisis y la sociología confluyendo en el mencionado debate.

Tal como Zeitlin lo ha dicho en su clásico *Ideología y teoría sociológica* la figura de Marx aparece a mediados del siglo XIX como un manantial que genera una gigantesca ruptura que hizo girar en su derredor prácticamente todo el debate intelectual de occidente en el siglo posterior. Con la denominada crisis de los grandes relatos, uno de los debates se orientó hacia la revisión crítica de la perspectiva marxiana de la clase social y de las condiciones en que se constituyen las identidades colectivas.

De las primeras críticas es aquella que realiza Gorz (Gorz, 1993) al modo en que Marx explica la relación entre identidad de clase y cambio social; al rechazar explícitamente de su análisis cualquier comprensión subjetiva de la acción llevada a cabo por los miembros de la clase sobre sus objetivos, Marx reconoce la existencia de un curso objetivo de la historia que rige el modo de constitución de la acción colectiva del proletariado. Según Gorz esta concepción de la temporalidad hace de la acción colectiva de la clase una misión histórica ordenada a partir de un telos específico que informa sobre su devenir. En este punto Marx piensa la constitución de las identidades colectivas desde el marco de una filosofía de la historia importada desde la concepción teleológica hegeliana. Además los cambios producidos en el proceso de trabajo –argumenta– han promovido una nueva forma de agrupamiento colectivo que reemplaza a la formación de clase: la no clase de no trabajadores. Esta mutación se debe a que la industria inaugura una modalidad de producción creadora de una categoría de desempleados de carácter permanente. Estos ya no forman ningún ejército industrial de

reserva en condiciones de reingresar al proceso de acumulación del capital cuando éste retorne a su ciclo expansivo. De ahí se desprende que las condiciones del capitalismo de fin de siglo, que anticipa el pasaje a una sociedad post-industrial, crean una forma novedosa de excedente laboral. Sin embargo, este excedente laboral no es el resultado necesario del ciclo de acumulación capitalista, por el contrario, los cambios tecnológicos operados en el proceso de producción han efectuado una profunda transformación sobre las articulaciones entre trabajo y no-trabajo a partir de las modificaciones sufridas en la composición orgánica de capital. Al extenderse la esfera del no-trabajo colapsa la representación asentada sobre una moral productivista, lo que supone una subversión radical de la ideología capitalista.

La centralidad de la identidad colectiva conformada sobre el modelo de la clase obrera, la noción de un cambio radical del orden capitalista a cargo de ésta y el concepto de lucha de clases son seriamente cuestionadas. Las tareas actuales de la teoría social están delimitadas por las consecuencias que la introducción de una nueva tecnología crea sobre la formación de una esfera de no trabajo, la que no sólo subvierte toda ideología productivista sino que asimismo permite la constitución de un tipo de identidad colectiva desagregada completamente del proceso de trabajo y valorización.

Otra línea de reflexión crítica de la interpretación de Marx sobre los sujetos sociales está representada a través del análisis de la modernidad de Giddens (Giddens, 1993). A causa de comprender la modernidad desde una perspectiva asociada únicamente al desarrollo del capitalismo, el pensamiento marxiano tendió a definir el movimiento obrero como el movimiento social por excelencia. De allí que su concepción del conflicto y del cambio social estuviera sustentada sobre la idea de la lucha de clases como fuente del cisma fundamental en el orden capitalista. En cambio si estudiamos la modernidad desde una perspectiva multidimensional y no clasista, las diversas dimensiones institucionales que la componen nos ofrecen una pluralidad de identidades colectivas por ejemplo, movimientos democráticos y de libertad de expresión, movimientos pacifistas, movimientos ecológicos y, finalmente, movimientos obreros. De este modo, Giddens propone interpretar a la modernidad como una articulación compleja de cuatro dimensiones institucionales: estos conjuntos organizacionales están centrados sobre el funcionamiento de la “acumulación de capital en el contexto de la competencia en el mercado de funcionamiento de la acumulación de capital en el contexto de la competencia en el mercado de productos y trabajo –capitalismo–, del control de los medios de violencia en el contexto de la industrialización de la guerra –poder militar–, del control de la información y supervisión social –vigilancia ejercida por el Estado– y, por último, de la transformación de la naturaleza –industrialismo–. Giddens argumenta, pues, en favor de un análisis de la modernidad anclado en la investigación de sus dimensiones institucionales, a fin de poder comprender la constitución de una pluralidad de identidades colectivas en tanto ellas están asociadas a los problemas suscitados en cada una de las esferas mencionadas.

Otro de los enfoques centrales de las últimas décadas es el de Touraine que instala el problema de las identidades en el centro de las preocupaciones de la sociología actual, reemplazando el concepto de “sociedad” por la noción de “sujeto”, el cual adquiere la forma de

movimiento social. El espacio social está poblado por una pluralidad de movimientos sociales que imposibilitan visualizar con claridad qué cosa unifica a estos múltiples conflictos; esta multiplicidad de sujetos sociales cuestiona la tesis marxiana de la existencia del rol central de un movimiento social como agente de transformaciones históricas (Touraine, 1987). Resulta necesario entonces rechazar la hipótesis del pensamiento marxiano que proponía concebir la constitución de los sujetos colectivos en el marco del devenir temporal desarrollada teleológicamente, esto es, un decurso racional ordenado por un sentido de la historia. De allí que deba abandonarse la existencia de un sujeto universal que hablaba en nombre del porvenir, de la Historia y del progreso, y que en el modelo marxiano era representado por el movimiento obrero y socialista. El eje del cuestionamiento de Touraine es la concepción marxiana de un curso progresivo del devenir histórico, el cual estaba sustentado en un sujeto de clase con capacidad de transformar desde sus raíces la totalidad de la sociedad en tanto habitaba en el lugar del sustrato de la estructura social moderna: un núcleo inteligible que permitía la aprehensión racional de lo real en las relaciones sociales de producción. Por tal motivo, Touraine afirma que su concepción de los movimientos sociales rompe con la idea marxista de la lucha de clases y su concepción teleológica de la acción colectiva fundada en una guerra civil larvada por la apropiación de los medios relativos a la producción. Opuestamente, la sociedad moderna –afirma– funciona alrededor de la lucha entre dirigentes y dirigidos para poner por obra la racionalización y la subjetivización (Touraine, 1993). Si el proceso de racionalización y el desarrollo de la subjetividad definen el perfil de la modernidad, una concepción del sujeto –propone Touraine– debe formarse sobre la separación creciente entre el mundo objetivo y el mundo de la subjetividad que caracteriza la modernización occidental. Finalmente, el abandono de cualquier perspectiva historicista del sujeto como clase social demanda reemplazar a aquellas nociones que definieron a los actores por una situación no social. Por eso –concluye Touraine– el concepto de movimiento social debe reemplazar el de clase social, así como el análisis de la acción debe ocupar el lugar del análisis de las situaciones.

Otro de los referentes del pensamiento actual, pero con vigencia desde hace décadas, es Habermas; quien entiende que los cambios producidos han modificado los ejes del conflicto y, por ende, los mecanismos de conformación de las identidades de los sujetos de acción colectiva. Los nuevos conflictos abandonan el área de la producción y distribución para instalarse en el ámbito de la reproducción cultural, la integración social y la socialización, cuestiones sociales que refieren a la gramática de las formas de la vida (Habermas, 1990). De esta manera, el movimiento obrero organizado ha perdido utilidad como modelo de formalización del sujeto colectivo en el análisis de las sociedades del capitalismo tardío. Esto obedece a que la concepción marxiana del conflicto está diseñada sobre el modelo de macrosujetos históricos definidos desde el horizonte de una sociedad basada en el trabajo. Según Habermas esta categoría de trabajo constituye el núcleo de una interpretación de la sociedad moderna que Marx realiza como parte del desarrollo de su filosofía de la historia. La sociedad moderna es indagada a través de la categoría de trabajo enajenado y trabajo asalariado

porque éstas recogen la forma que adopta la articulación entre el desarrollo de las fuerzas productivas técnico-científicas y la apropiación privada de la riqueza socialmente producida. La reapropiación de las fuerzas esenciales objetivadas es aquí el telos que orienta la praxis humana, entendida como actividad crítico-revolucionaria, es decir, la acción política autoconsciente desarrollada por los trabajadores asociados. Una característica emancipadora define, pues, la categoría de trabajo fabril, porque ésta al estar regida por el creciente desarrollo de las fuerzas productivas produce no sólo la concentración de la fuerza de trabajo en las fábricas, sino también los lazos de solidaridad y la concientización de los productores directos, promoviendo la acción revolucionaria. En este sentido, Habermas concluye que es necesario descartar cualquier concepción que retome la convicción marxiana de que las fuerzas productivas desarrollan una fuerza objetivamente explosiva. A causa de estas razones la posibilidad de utilizar algunos de los análisis de Marx supone liberar al Materialismo Histórico de su lastre de la filosofía de la historia (Habermas, 1989).

En el caso de Foucault, si bien también reniega de dicha filosofía de la historia, intentará ir un paso más allá cuando sostenga que “el problema de Habermas es, después de todo, encontrar un modo trascendental de pensamiento que se oponga a toda forma de historicismo. Yo en realidad soy mucho más historicista y nietzscheano” (1).

De Nietzsche, Foucault tomará la idea radical de que no existe ningún fondo original simplemente porque las cosas están vacías, no hay esencias; hay máscaras sin cara. Así el genealogista necesitará de la historia para denunciar la ilusión de esos orígenes e implantar la idea de lo azaroso, de lo relativo, del acontecimiento. Y en esta línea de análisis, obviamente no hay correlación entre lo discursivo y lo extradiscursivo, la estructura y la infraestructura. Dicho dilema que convocó a la teoría social por décadas será resuelto en el concepto de Dispositivo (2) cuyo antecedente es el de Episteme (En *Las palabras y las cosas*) pero que supondrá los aspectos generales –por ejemplo, disposiciones arquitectónicas– del orden de las cosas. Esta modalidad de conexión entre las dos series de fenómenos nunca queda bien esclarecido en Foucault “aunque sí es perceptible un deslizamiento que lo ha ido llevando desde un intento fallido a establecer las relaciones señaladas (...) hasta otro tipo de afirmaciones más convincentes en las que remarca la necesidad de pensarlos no como sustratos superpuestos sino como flujos inmanentes que actúan más por fusión que por agregación. Así por ejemplo, en sus respuestas del año 1968 aparecidas en la revista *Esprit*, la relación entre práctica política y discurso médico reside en que la primera transformó las condiciones de emergencia y de existencia del enunciado médico, lo cual no significa que estas transformaciones se reflejen o se expresen en el discurso sino que modifican sus reglas de formación” (3). Es en el norte marcado por Nietzsche que Foucault rompe con el sujeto trascendental kantiano cuestionando la tradición de Descartes de un yo reflexivo soberano que se opone al sujeto construido por el mismo saber, esto es, que, esa misma voluntad de verdad o saber establece al sujeto.

Estas temáticas quedan claras en textos como *Los anormales* donde en sus lecciones del Collège de France refiere productos de su investigación que aunque sólo ocupan un

párrafo del texto muestran su mirada elocuentemente. Dice Foucault el 22 de enero de 1975: “Creo, por otra parte, que en cada época –al menos para la reflexión jurídica y médica– hubo formas privilegiadas de monstruos. En la Edad Media era, desde luego, el hombre bestial, es decir la mixtura de los dos reinos, el que era a la vez hombre y bestia. Me parece –habría que estudiarlo más detenidamente– que es sorprendente ver que, en la época del Renacimiento, hay una forma de monstruosidad que se privilegió particularmente en la literatura en general, pero también en los libros de medicina y los de derecho, lo mismo que en los religiosos: los hermanos siameses. Uno que son dos, dos que son uno. Con una muy curiosa referencia, que se encuentra prácticamente siempre –bueno, con bastante regularidad– en esos análisis de fines del siglo XVI y también principios del XVII: el individuo que no tiene más que una cabeza pero dos cuerpos, o un cuerpo y dos cabezas; es la imagen del reino y también la de la cristiandad dividida en dos comunidades religiosas. (...) es característico que, en los asuntos jurídicos, médicos y religiosos de fines del siglo XVI y comienzos del XVII, los hermanos siameses constituyan el tema más frecuente” (4).

Este tipo de arqueología es típica de Foucault y ejemplifica bien su propósito de establecer las conexiones entre los saberes instituidos (medicina y derecho) y cómo subjetivizan, cómo desde un saber se sujetan individuos o grupos o mejor dicho cómo esos saberes que circulan en los discursos constituyen la identidad de esos, ahora, sujetos. El problema del sujeto es el problema de la historia de la formación de ese sujeto. Por eso Foucault se refiere a los modos de subjetivación como los modos de objetivación del sujeto, en general aparecerá objetivado entre el saber y el poder que implican los dispositivos de que se trate: sexuales, jurídicos, etcétera.

El análisis del poder disciplinario tomará la forma de una genealogía de la anormalidad. En el curso del año 1975 (*Los anormales*) se preguntará ¿cómo se ha formado el campo de la anomalía? Para describir esta formación se inicia con tres figuras el monstruo, el individuo a corregir y el onanista que devendrán en los anormales de principios del siglo XIX. Con la formación de una red de saber y poder se las ha podido reunir en la figura de lo anormal; aquí aparece la tecnología de la anomalía humana, la forma disciplinaria del poder. Por eso la propuesta de *Vigilar y Castigar* es no centrarse en los mecanismos represivos sino incorporarlos en toda una serie de efectos positivos que pueden inducir. En el siglo XVIII se plantean dos emergencias, una el gran desarrollo de las fuerzas productivas y otro, la explosión demográfica que hace aparecer una multitud difícilmente encausable mediante las viejas técnicas penales. Era necesario un castigo más homogéneo, que impida la reiteración del delito siendo a su vez ortopédico, y se difundirá la prisión. Es un ejercicio del poder cuyo objetivo es la gobernabilidad y para lo cual la población no debe estar desordenada, mezclada y sin medida, es necesario cuadricular el espacio en la prisión, la escuela, el hospital, la fábrica, etcétera.

Al ser el poder constitutivo de la verdad la pregunta es cómo construir una verdad que prescindiera de él, lo que ha dejado a Foucault, según Deleuze (1987) en un callejón sin salida. Si el interior es una interiorización del afuera no es un desdoblamiento propio sino una

internalización del exterior. Estas preocupaciones culminarán en sus últimos escritos sobre la relación con el sí mismo y la historización que realiza desde los griegos; ahora en *El uso de los placeres* no bastará con el poder y el saber sino que deberá agregarse la relación consigo mismo que se reincorporará en los sistemas de que había derivado (saber-poder). Entonces la lucha del sujeto actual implica resistirse a las formas de sujeción que se ejercen desde el poder y también desde los saberes que nos atan a una identidad estigmatizada. La subjetividad del sujeto debe proclamarse como derecho a la diferencia aunque sea con todas las limitaciones y restricciones de la realidad, y ésa la apuesta ética de Foucault.

Notas

- (1) Castro, E. *El vocabulario de Michael Foucault*, p. 157 (extraído de *Dits et écrits* IV).
- (2) Según Foucault un dispositivo es: "En primer lugar un conjunto resueltamente heterogéneo que implica discursos, instituciones, disposiciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medios administrativos, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales filantrópicas, en síntesis, todo lo dicho cuanto lo no dicho, he aquí los elementos del dispositivo". Oscar Terán. Michel Foucault. *El discurso del poder*, p. 184.
- (3) Terán, O. Michel Foucault. *El discurso del poder*. Buenos Aires, Folios, 1983, p. 23.
- (4) Foucault, M. *Los anormales*, Buenos Aires, Paidós, 2000, p. 72.

Bibliografía

- ALTAMIRANO, C. *Términos críticos de sociología*. Buenos Aires, Paidós, 2002.
- CASTRO, E. *El vocabulario de Michel Foucault*. Buenos Aires, UNQ, Prometeo, 2004.
- DELEUZE, G. *Foucault*. Buenos Aires, Paidós 1987
- FOUCAULT, M. *Microfísica del poder*. Madrid, La Piqueta, 1979.
- FOUCAULT, M. *Vigilar y Castigar*. México, SXXI, 1984.
- FOUCAULT, M. *Los anormales*. Buenos Aires, Paidós, 2000.
- FOUCAULT, M. *Historia de la sexualidad*. 1-La voluntad de saber. México, Siglo XXI, 1984.
- FOUCAULT, M. *Historia de la sexualidad*. 2- El uso de los placeres. México, Siglo XXI, 1986.
- FOUCAULT, M. *Arqueología del saber*. México, Siglo XXI, 1985.
- GIDDENS, Anthony. *Consecuencias de la modernidad*, Alianza, Madrid, 1993.
- HABERMAS, J. *El discurso filosófico de la modernidad*, Taurus, Buenos Aires, 1989.
- HABERMAS, J. *La teoría de la acción comunicativa*, Tomo II, Taurus, Buenos Aires, 1990.
- TERÁN O. *El discurso del poder*. México, Folios, 1983.
- TOURAINÉ, A. *El regreso del actor*, Eudeba, Buenos Aires, 1987.
- TOURAINÉ, A. *Crítica de la modernidad*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1993.